



V
Ritos



Don Alfonso, la amistad y la Fiesta

Andrés Reyes Rodríguez

Con don Alfonso Pérez Romo forjé un vínculo de amistad espontáneo, pese a que teníamos diferencias generacionales. La distancia en las edades finalmente se convirtió en un mundo de coincidencias y diferencias, siempre aderezadas por el aprecio y el respeto. Compartíamos temas de conversación en los que dominaba el tema educativo, especialmente el universitario, y enseguida los temas vinculados con la historia del arte y, en mucha menor medida, la Fiesta del Toro. Tres materias que tenían como denominador común el simbolismo, una ética implícita y un fervor por el universalismo.

Como muchos lo saben, él solía llevar de forma fácil las charlas a la camaradería. Los encuentros eran siempre una

oportunidad para intercambiar puntos de vista y dar crédito a los que definen la amistad como una larga conversación. Sabíamos que formábamos parte de una especie que nos define por existir en el lenguaje y entendíamos que, por breve que fueran nuestros encuentros, nunca teníamos prisa. Eso explica que él rara vez interrumpiera abruptamente una charla.

No todo era de terciopelo, permitía criticar y estar en desacuerdo, aunque, a decir verdad, nos sentíamos mejor cuando tocábamos puerta en las coincidencias y lo hacíamos, sobre todo, cuando éstas eran sobre temas vitales. Los libros y la lectura eran parte de los pretextos favoritos. Siempre había novedades, muy pocas sobre México. En este horizonte dominaban los temas antes que los lugares. En suma, siempre quedó en claro que nos unía el amor por los libros y, naturalmente, solíamos vivir entre esos maravillosos objetos. Con esa dinámica nos prestábamos libros para entender mejor el origen de nuestros puntos de vista. La oficina que ocupaba en la UAA, rodeada siempre de libros, era un eco institucionalizado de ese gusto.

Esta maravillosa concurrencia era también una excusa, una oportunidad para invitarnos a diferentes actividades. Eso ocurrió cuando yo presentaba algunos de mis libros y cuando comenzaba una nueva serie de televisión relacionada con el tema. Así pasó en *Los libros que cambiaron la historia*, donde charlamos sobre el Corán, o cuando coincidimos para hablar sobre la belleza en *La otra luna*. En correspondencia, él solía invitarme a los diplomados que organizaba en la UAA, un lugar en el que pudimos compartir experiencias lectoras sobre *Don Quijote de la Mancha*, *El príncipe* de Maquiavelo y también sobre la democracia contemporánea en el mundo.

El tema de los toros no era fácil, requería de otras condiciones y otros contextos para hablar largo sobre la Fiesta Brava. Necesitábamos un escenario más propicio: teníamos que estar en una plaza de toros o en la presentación de un libro sobre el particular. Ya he dicho que no era el tema princi-

pal de nuestras conversaciones, pero cuando lo abordábamos, siempre lo integrábamos a una visión de las cosas. Confirmé esta perspectiva cuando le comenté que había entrevistado a Fernando Fernández Román, uno de los cronistas taurinos más notables de España en ese momento. Cuando hablé del encuentro con el cronista hispano, lo hice con la secreta esperanza de que emergerían nuevas excusas para la charla; comenté que, a partir de esa entrevista, mi idea del toro y de la Fiesta habían cambiado. Una nueva postura sobre la Fiesta del Toro que se sumaba a la sorpresa cuando descubrí que, al menos en Aguascalientes, los escritores sobre el tema anidaban en hombres provenientes de una generación de universitarios intelectualmente bien dotados en las artes humanistas. Personajes e ideas que me hacían pensar que en la cultura del toro había algo más que una fiesta trivial.

Cuando entrevisté al cronista español, le comenté a don Alfonso, comencé a entender que en la raíz de esa afición había una postura intelectual, casi filosófica, sobre la profundidad que había en la relación entre la naturaleza, la crueldad y la belleza. De esta última relación con el cronista español, quedó grabada en mi cansada memoria una frase definitiva sobre el mundo del que hablamos. En esa entrevista, Fernando concluía que la Fiesta del Toro era concebida como “[...] el hecho efímero de un arte dinámico producido en ese instante, y donde la inteligencia del hombre es capaz de vencer a la abrupta brutalidad de la naturaleza”.¹ Tal vez ése fue el momento en el que decidió invitarme por primera vez a su palco de la Monumental. Quizás me vio como un probable aprendiz y un aliado más de la Fiesta y de lo que ésta significaba, un socio más de ese mundo en el que él se sentía realizado.

1 Andrés Reyes Rodríguez, *Conversar y aprender. Entrevistas desde Aguascalientes*. Aguascalientes, UAA, 2020, p. 99.

La experiencia en el palco

El Doctor solía invitar a varios de sus amigos al palco, del que entiendo era copropietario, en la Plaza Monumental de Aguascalientes. Cuando me invitó, pensé que había perdido detalles de mi biografía personal y tuve que aclarar el punto: “Doctor, tal vez se confunde, recuerde que yo no soy fanático del toro”. Él, con un gesto casi de molestia me dijo: “Claro que no me confundo. Sé muy bien lo que hago. Quiero que estés en mi palco. Nos vemos a la entrada unos minutos antes de la hora”. Acepté el tono categórico y simplemente me alisté como pude para cumplir decorosamente la invitación. Quise pensar que en ese convite había una doble intención: imaginé que preparaba el escenario para hablar de otro tema y volví a equivocarme. Se trataba, sin duda, de una ocasión para ver, hablar y sentir, *in situ*, la Fiesta. Fue tanta concentración sobre el tema en el palco que, cosa rara, nunca, ni por un instante, hablamos de la universidad ni de la educación ni del arte ni de la historia, nuestros temas de mayor coincidencia.

Al cambiar la visión de las cosas, no quedó más remedio que preguntarme: “¿qué pensaba él al invitarme a ese lugar?”. Entre los amigos de ese perfil, el mío era un caso aparte, porque el común denominador de los invitados a ese palco eran aficionados permanentes a la Fiesta Brava. En el mejor de los casos, yo era, sin duda, lo que se conoce como un villame-lón. Mientras armaba una respuesta menos apresurada en mi cabeza, me distrajo la familiaridad que él desplegaba en el ambiente de la Monumental. Nos vimos en la puerta de acceso y pude ver que vestía con camisa primaveral caminando con la firmeza de un joven. Portaba un sombrero de ala corta estilo Panamá. Me saludó con un abrazo y muy pronto me presentó con alguien más que no recuerdo. La caminata hacia el palco fue de encuentros con conocidos que lo abrazaban con aprecio y admiración. Las palabras expresadas en la brevedad del saludo confirmaban mi interpretación sobre él en esos climas

sociales. El guion de ese breve peregrinar al palco cambió cuando se detuvo para ver los libros y revistas que sobre la Fiesta se vendían en el camino.

Cuando entramos al palco, llegamos a una casa común, una versión material de fraternidad. Era uno de los lugares donde el Doctor coincidía con su compadre Humberto Martínez de León, quien también vestía para estar acorde con el ritual que comenzaba con los saludos de recepción y arribo. La señal más inmediata de su compadre era la vestimenta, el sombrero, los lentes oscuros y la pañoleta roja en el cuello; también la respiración relajada. Ahí estaban también otros amigos y otros familiares. En ese momento, mientras se repetían los saludos y los abrazos, miraba la arena de la plaza y sentía el calor de abril. Así comprendí que ya estábamos en el escenario ideal para vivir la experiencia. Era la oportunidad propicia para charlar sobre el tema taurino. También un sitio para confirmar la amistad. En un ambiente así, sólo se podía hablar de toros y de toreros y, de forma implícita, sobre la condición humana.

Pasamos a otro momento de la tarde cuando la música de la banda municipal anunció el momento del paseillo. Un instante breve, festivo, expectante. Desde entonces, he pensado que partir plaza es un cortejo que siempre deja la impresión de que los matadores ven el mundo con rostro de temor y desafío; un lugar donde se revela el miedo íntimo con el misterio. La tensión se aligeró con la música, con el aplauso y con la algarabía del público, hasta que los matadores saludaron al juez de plaza y se dispusieron a hacer movimientos de calentamiento. Por un instante, los matadores, sin excepción, aparecieron absortos y a ratos contagiados por la respiración de la gente, hasta que salió el primer toro y la primera aprobación o rechazo por el peso del astado, por el color, la cornamenta, el nombre y, claro está, por la bravura y otras características adicionales.

Al dar inicio el paseo del toro por el ruedo, el Doctor se aislaba en su mundo; sobre todo, lo hacía mientras ocurría

la faena en turno, porque aumentaba la concentración visual, mental y auditiva en el ruedo. Era una concentración al máximo, sólo suspendida entre un toro y otro cuando saludaba a los vecinos de las gradas y también a los que unos metros abajo deambulaban por el ruedo. Noté de inmediato que estábamos en un lugar estratégico, ubicado apenas arriba de donde los matadores esperaban su turno. En esa ocasión, vimos torear a Sebastián Castella y muy pronto me quedó en claro mi admiración por su valor y por la forma de interpretar la lidia. Así lo sentí porque revelaba en sus movimientos una gran quietud y me sorprendía cómo, en esa danza tan especial, se quedaba clavado en el piso, siempre muy cerca al pitón. Me percaté de que las actuaciones del torero francés eran previamente conocidas entre el público por su arte, al momento de enfrentar al toro bravo.

Para el Doctor, el toreo de Castella, que esa tarde soleada vestía de obispo y oro, rozaba en lo sublime. Caí en cuenta de que él aceptaba el toreo natural de los que se enfrentaban, pero estoy seguro que daba mayor aprecio a las formas y los conceptos procedentes de la academia y, claro está, la carga milenaria del momento. En especial, observaba a los toreros cuando toreaban, y también en los momentos de reposo. Veía en ellos detalles que parecían invisibles o superficiales, pero no lo eran. En algún momento de la jornada taurina, me pidió observar con cuidado detalles que respetaban las formas básicas del ritual. En una pausa de Castella, cuando éste se recargó en las tablas para esperar su siguiente toro, don Alfonso me advirtió, tocando mi brazo y sin perder de vista una escena del callejón: “Fíjate cómo todo está en los detalles. El matador se refresca tomando agua en una copa de plata. No todos hacen eso”. Como han de imaginar, me contó el origen y la importancia de esa costumbre.

El Doctor dramatizaba ese tipo de momentos en su calidad de espectador y también lo hacía como protagonista. La actitud y todos los gestos de su cara y también de su cuerpo parecían asistir a una ceremonia solemne, tan solemne como

una misa, tan formal como un acto patriótico en medio del himno y la bandera. Una fiesta y, al mismo tiempo, una estela de seriedad y otro tanto de devoción. En esos momentos no hablaba, tampoco bromeaba, sólo miraba, pensaba y sentía. Su rictus facial dejaba ver el amor por la Fiesta del Toro y sus enigmas, y también el presentimiento de una crisis. Temía que la decadencia principal del espectáculo viniera de la calidad de los toros a la baja. Le preocupaba esa inercia que parecía inevitable. Defendía la Fiesta por la herencia mitológica, por la belleza y la estética, y también porque representaba la oportunidad de dar vigencia como especie a una raza animal naturalmente brava. Tenía muy clara la idea de su defensa, o mejor dicho, del cariño por un ritual que en la versión utópica superaba la idea de un espectáculo, sin más. La Fiesta del Toro era concebida como una diversión trascendente, provocadora e intelectualmente deleitable. Por estas razones y por otras que nunca sabré, casi cada año repetía la invitación al palco. Un día aumentó el grado de complejidad del tema, pues tuvo la audacia y la temeridad de invitarme a presentar un libro dedicado a Rafael Rodríguez.

Hablar de la Fiesta en la perspectiva de un Volcán

Un miércoles por la mañana me ausenté del cubículo para ir a mi clase. Entonces era jefe del Departamento de Historia en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Al regresar de mi clase frente a grupo, la secretaria en funciones me informó que el Doctor me había buscado para entregarme un libro con un título inconfundible: *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. En la dedicatoria del texto había dejado una huella de amabilidad: “Para Andrés, querido y admirado amigo. Con un abrazo cordial”. Pese a que era una dedicatoria más o menos frecuente en el Doctor, de inmediato tomé mi teléfono y le llamé para agradecer el obsequio; no podía ser de otra manera. El Doctor

se había tomado la molestia de caminar a mi oficina para entregarme personalmente el libro. Algo poco usual. Al recibir la llamada, me contestó con la energía y con la infaltable amabilidad de siempre. Agradecí el obsequio y de inmediato me advirtió que, además de un regalo, era también una invitación para presentarlo. Para responder, tuve que sentarme en la silla de mi escritorio. Me sorprendió la propuesta porque, como le dije en ese momento, yo no era gente del mundo taurino. Le pregunté si no se había equivocado de lector, y muy definitivo me dijo que reiteraba la invitación y que no admitía una negativa. “No hay que ser gente del toro para tener una opinión sobre la condición humana”, me dijo. Como es previsible, al Doctor no se le podía decir nunca que no, pero esta vez era imposible, debido a que yo había adquirido un compromiso previamente acordado para estar fuera de Aguascalientes. Debido a que no podía estar en la fecha programada para presentar el libro, me disculpé con mucha pena y ahí quedó todo.

Pasaron los días y me llamó nuevamente, esta vez para decirme que la señora Teresa Arellano de Madrazo nos había invitado a comer en la Hacienda de Ledesma, agradecida por la presentación del libro. Le recordé que yo no había estado en esa fecha y simplemente reiteró la invitación con un toque imposible de negar. Finalmente acepté y de inmediato me dijo que sólo había una condición, para que tomara nota: se refería a que sólo estaríamos presentes unas cuantas personas y que el tema único de conversación sería la Fiesta del Toro. Le insistí sobre mi ignorancia en el tema y sólo me recordó el día y la hora de la reunión.

Cuando llegó la fecha acordada, viajamos en la camioneta del Doctor junto con Jesús Eduardo Martín Jáuregui. El plan era comer en grupo y regresarnos antes del anochecer. En el camino decidí salvar mi participación y opté por guardar silencio y resignarme a ser un espectador del reto en puerta. Confiaba en que la pasión de los concurrentes por el tema me permitiría guardar silencio y abrazar las pausas. Confiaba en

que el abogado que nos acompañaba sacaría las anécdotas que siempre lleva en su morral y ayudaría involuntariamente en mi estrategia y, por si acaso, pensé lo que podía decir si me veía obligado a opinar, algo con lo que me sintiera seguro. Comentaría sobre mi primera vez en una plaza de toros acompañado por mi padre para ingresar a la San Marcos al quinto y sexto toros, un ingreso que fue posible a cambio de una pequeña propina al portero del coso taurino. La otra experiencia sería para exponer un momento vital de aprendizaje que me sirvió para comprender o sentir la Fiesta del Toro, a la que Fernando Fernández Román había calificado como “el hecho efímero de un arte dinámico”. Hablaría de una faena de David Silveti en la Monumental que me marcó como aficionado. Una experiencia donde percibí, por un instante, la fusión de un matador con valor y la dimensión artística.

Al escribir estas líneas, repasé el libro escrito por don Alfonso y encontré algunos ecos de la citada experiencia. En el libro de 89 páginas, compuestas por una breve introducción y tres apartados, don Alfonso reconstruye la historia y mitología del toro bravo y de sus simbolismos. Con esa lectura me llamó la atención la antigüedad de la figura taurina aderezada por los mitos, un argumento que el Doctor observó de ese rudo animal en las cuevas paleolíticas. En segundo lugar, don Alfonso se concentró en los detalles que le inspiraron la figura de Rafael Rodríguez y, finalmente, agregaría al libro las infaltables referencias bibliográficas.

Leía el texto y me daba cuenta que en esa obra nada era improvisado. Todos los detalles tenían un sentido. Comienza con un epígrafe, tomado de un antiguo texto náhuatl, que textualmente dice: “El verdadero artista todo lo saca de su corazón”. Desde este momento puso la habilidad y la técnica en un segundo lugar, pese a que eran de gran relevancia. Además de percibirse unido al Volcán de Aguascalientes por una leal amistad, de inmediato lo calificó como un personaje artístico e histórico: “Portador de signos, mitos, ritos, pasiones

y formas culturales de siglos”. Lo veía como “[...] uno de los más valientes profesionales del toreo”.² En la escritura repite varias veces este argumento y advierte que para recordar a este matador era necesario tener presente el significado del toro en la vida de los hombres, desde la más remota antigüedad. Intentó demostrar que en el arte de Rafael Rodríguez estaba viva la esencia mítica y simbólica del encuentro entre el toro y el hombre. Mostró una necesidad de universalismo cuando veía en el toro la representación de la fuerza de los fenómenos naturales y su *poder generatriz*. Nos recuerda que el sacrificio es un camino para hacer la paz con los dioses ocultos y la lucha de la fuerza bruta contra la inteligencia.

Con mayores detalles veía al toro, con su imponente fiera y su potente poder reproductivo, en un tránsito que iba de lo vivificante a lo destructivo. Un mundo en el que se volvió imprescindible un complejo ritual lúdico y religioso. Por todo lo anterior, incorporó en el libro imágenes y comentarios sobre la antigua cueva prehistórica de Lascaux, en Francia, las de Guisando, en España, y también el cementerio de la antigua Ur, en la Mesopotamia. Las palabras textuales sobre el tema son muy elocuentes y como escritor ofrecía la oportunidad de llegar fácil al territorio del arte: “El toro ha sido siempre signo formal para comprender los secretos del universo y de la vida [y] ha sido usado como instrumento material para ir construyendo las civilizaciones; también como símbolo mitológico, mágico y religioso”.³ Pensaba entonces en un fenómeno catártico y de una comunicación trascendente entre el que oficia y el que atiende. Lo entendía como un viejo drama milenario y como una frontera donde comenzaba lo sobrenatural y lo sublime.⁴ Por esa ruta discursiva llegó al mundo del arte, pasando por las pinturas de Creta de hace 2 500 años, por los graba-

2 Alfonso Pérez Romo, *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. Aguascalientes, UAA, 2014, p. 19.

3 *Ibidem*, p. 23.

4 *Ibidem*, p. 47.

dos de Doré, Goya y el *Guernica* y el *Minotauro* de Picasso. Con este ropaje mitológico y artístico, don Alfonso creó una barrera, una muralla para impedir la reducción de la Fiesta Brava en una idea primitiva y salvaje.

En esa ruta casi de encanto llegó a la imagen y al perfil de Rafael Rodríguez, a quien calificó de “talante serio, de enorme fuerza interior, un matador que intuía que lo que hacía en el ruedo tenía la fuerza de lo trascendente”.⁵ Rafael Rodríguez era, para el Doctor, un hombre que, como Manolete, José Tomás y Silverio Pérez, había sentido el carácter cuasi sagrado del toreo. En ese clima, reconoció que el Volcán de Aguascalientes había alcanzado “los sitios más altos de la torería, no por su técnica ni por sus alardes estéticos, sino por el sentido simbólico y hondo en que envolvía su misión en la arena”.⁶

Esta fusión entre la historia y el mito con el perfil del torero puso al desnudo las virtudes de la Fiesta y del torero, pero también los problemas y las fragilidades del momento. Pensaba con mucha convicción que, de mantener la inercia para atenuar la bravura del toro, se perdería la razón de ser simbólico y la magia que vestía a la solemnidad y la trascendencia de la Fiesta. Precisamente con esa postura apasionada y mítica, con ese aire trascendente, había una intención didáctica que tenía como meta impedir la caída de la Fiesta en “un espectáculo-negocio para excitar a multitudes hipotecadas por lo electrónico”.⁷ Después del recorrido por la historia y el mito, dejó en claro la principal virtud del Volcán: para el Doctor, cada vez que Rafael Rodríguez toreaba, comunicaba la impresión de lo sagrado.

Con ese clima contextual, con esa postura fascinante, en los días siguientes a la presentación del libro nos vimos con la familia de Rafael Rodríguez para hablar del toro en la Hacienda de Ledesma. Él sabía que en esa atmósfera podríamos

5 *Idem.*

6 *Idem.*

7 *Ibidem*, p. 49.

reiterar la amistad y el profundo significado del toreo, y recordar a un matador percibido como depositario de una tradición sagrada que nació pagana en la antigüedad y que había terminado cristiana en España.

Hacienda de Ledesma. La tarde brillante de un mes frío

Cuando llegamos a la Hacienda de Ledesma, me invadió una sensación de expectación y sorpresa. La finca estaba en el camino de Aguascalientes a Ojuelos, por donde yo había transitado muchas veces, sin advertir la presencia de este importante lugar. La sorpresa y el asombro fueron porque, a pesar de tanto viaje por ese lugar, no la había visto nunca. La omisión se explicaba porque el lugar se encontraba en una pequeña hondonada que impedía ver el inmueble desde la carretera. Fue sorprendente también porque se trataba nada menos que de una de las haciendas que había pertenecido a la antigua familia de los Rincón Gallardo. Era una novedad porque en esos años procesaba en mi mente la importancia económica de esas empresas agrícolas de otros tiempos y la experiencia única de transitar por sus pasillos, patios y recámaras sin más barreras que mis sentidos.

Llegamos por la puerta principal y ya estaban a la espera los familiares de Rafael Rodríguez. El Doctor, Jesús Eduardo y yo saludamos a la señora Teresa, a su nuera, a uno de sus hijos y también a uno de sus nietos. Había también algún amigo ocasional de la familia. Era un ambiente campirano propicio para hablar del toro, sólo del toro. Un sitio para forjar una historia desde la sombra de una invitación inmerecida para un profesor de universidad que, como ya he dicho de forma obsesiva, no era ni lector ni gente del toro.

A un lado de la casona había una iglesia que, en los momentos de nuestro arribo, recibía el sol del oriente como una

caricia. Un templo de cantera rosa, desgastado con algunos aplanados pintados en colores pastel. Un inmueble imponente para lo desértico del lugar, con una cruz de mosaico en cada lado y en el remate más alto de la torre principal, una cruz de neón silenciosa. En los muros del patio principal había un guardapolvo perimetral pintado de rojo óxido, tan visible como reciente. En una parte del andador, muy cerca de una antigua carreta pintada de turquesa, había lo que parecía una pila de agua bendita o bebedero de cantera pintada o labrada con una flor de lis en uno de sus lados. No era el único misterio. Desde que entramos, nos recibió un patio de gran tamaño, rodeado por arcos que en cada una de sus esquinas tenía árboles frutales de mediana estatura. El patio tenía piso de cantera y piedras, con columnas de cantera rosa y canaletas de agua alineadas verticalmente con cada pilastra. Los muros estaban desgastados sabrosamente por el tiempo, y la pintura mostraba el paso del tiempo y una batalla en la que los propietarios no habían cedido a la tentación frecuente de restaurarlos con ganas de que parecieran nuevos.

Concluí muy en mi interior que era mejor ese desgaste natural del tiempo que la ficción espectacular, aunque trivial, de lo nuevo. Recordé fugazmente el poema “Retrato” de Antonio Machado, en esa parte que cantaba casi con dulzura: “Mi infancia son recuerdos en un patio de Sevilla, y un patio claro donde gobierna el naranjo”. Lo vi así porque recordé que en ese lugar histórico se adivinaba un eco de memorias que brotaban por todos lados, especialmente en las esquinas, donde el naranjo frondoso y aromático rompía con la monotonía del conjunto. La hacienda parecía, a primera vista, pintada con acuarela. Los muros y sus rincones, la composición de la luz y la sombra, las puertas y las escaleras bañadas de una antigua humedad daban esa sensación visual. En el extremo sur del patio había una puerta de herrería negra y barroca, con un acceso que conducía hacia un antiguo jardín de flores donde se había bordado, muchos años atrás, una leyenda de amor con pasillos

aromáticos creados para una mujer enamorada. La parte alta de la puerta tenía un marco de cantera tan rosa como simple, rematada por unas iniciales con las letras JRG, abrazadas por un círculo de medio punto.

Ya instalados en un costado del gran patio, comenzamos la charla en medio de una luz tardecina, todos sentados en varios equipales, una banca de madera para tres personas y una mesa redonda tapada por un mantel azul cielo, con una jarra de mayólica con tequila o mezcal y un tapón de corcho. La conversación comenzó con generalidades. En ese mismo sitio hablamos brevemente del clima, de la familia y de la amistad; para acompañar la bebida, nos obsequiaron botana de ocasión y un quesillo especial con tortillas hechas a mano. En el centro de las opiniones y los recuerdos, la atención principal siempre estuvo en don Alfonso. El escenario estaba listo para hablar de lo prometido. La tarde era casi torera por la hora, por los comensales y por la escenografía. El Doctor presidía en más de un sentido la ronda provisional, sentado en la banca de madera de aroma eclesiástico, reposando siempre en cojines de azul y blanco. En el muro a sus espaldas había una pintura de más de un metro de largo con tema campirano de caballos y jinetes.

Don Alfonso portaba un pequeño sombrero de tela con colores parecidos a su camisa azul a cuadros y de manga corta. En la bolsa de su camisa se adivinaban dos plumas metálicas y en una de sus manos un anillo con el escudo de la universidad, donde había trabajado por muchos años. La charla de generalidades fue suspendida porque llegó al grupo un joven perteneciente a la familia anfitriona que vestía de traje azul, camisa blanca, corbata a rayas con nudo perfecto y un adorno de oro en la solapa. Un catrín contemporáneo. Era el nieto de Tere Arellano y al parecer un aspirante a promesa del toreo que el Doctor confirmó cuando le dijo que, para ser torero, había que parecer torero. Remató la percepción afirmando que ya tenía la estampa y que eso era muy importante.

Después de unos minutos, nos invitaron a pasar al comedor de la hacienda, un lugar donde se presentía el cumplimiento del inminente protocolo para abordar el tema central del viaje a la campiña. Nos sentamos en una mesa cubierta con un mantel blanco para 10 o 12 personas, había sobre el mueble un servicio de varios platos y una cristalería digna de la mejor cocina. No recuerdo el menú, pero me queda claro que era muy cuidado. Mientras nos servían los alimentos, un muchacho de apariencia modesta, limpio y vestido para la ocasión, y siguiendo el guion en las maneras de mesa, comenzó la conversación esperada. Era el momento estelar. Hablamos uno por uno del tema taurino en puerta. Alguien recordó que el mote o el apodo del Volcán había sido creado por Paco Malgesto; otro de los asistentes mencionó los tiempos en que tuvo su alternativa Rafael Rodríguez, un momento en el que, por cierto, había estado presente Silverio Pérez “el Faraón del Toreo”, teniendo como testigo a Gregorio García. Hablamos de faenas específicas y de las mejores tardes del matador, así como de los toros célebres a los que se había enfrentado y, claro está, de las ganaderías que, a juicio de los concurrentes, habían valido la pena.

Apoyados en la experiencia y en la memoria, varios de los presentes recordaron que la tarde inaugural como matador de Rodríguez fue atendida por toros de Coaxamalucan, que había hecho faena a “Morisco” y “Collarín”, este último en el sexto de la tarde, y un astado al que había cortado oreja, rabo y una pata. Una jornada en la que se había confirmado la excelente carrera del Volcán como novillero. No faltó, desde luego, la memorable tarde de Madrid en 1951, fecha en la que alternó con Pepe Luis Vázquez y Manolo Gutiérrez, con toros de Felipe Bartolomé. Una jornada en la que, según el excelente cronista local Jesús Gómez Medina, estoqueó a “Guitarrero” y recibió una oreja. Citando al mismo cronista taurino, alguien más recordó la que fue quizás la corrida más célebre del Volcán, en abril de 1959, en plena Feria de San Marcos, lugar

donde tejió faena a “Poeta de San Mateo”, un toro de “casta, bravura, claridad de estilo, docilidad y alegría”.⁸

La crónica de esa fecha también fue notable. En esos días apareció en el periódico estelar de la ciudad, *El Sol del Centro*, una narración que describía la presencia de un matador que convertía las piernas en estacas: “[...] con inacabables rechazos plenos de armonía y de mando bajo los efectos de un latigazo de emoción artística”.⁹ Un arte que llevó al cronista a recordar la frase de Belmonte al sostener que el toreo era, después de todo, “una suave caricia”. El cronista sintetizó la esencia de ese momento, al concluir que se había bordado una faena con “cercanía, solidez y fuerza y con señorío total del hombre sobre la bestia. Una labor artística que se resumía en el inequívoco concepto del Torerismo”.¹⁰

Los testimonios no terminaban. Desgraciadamente he perdido la memoria de muchos de esos momentos. Hubo algunas distracciones en el ambiente y yo seguí estresado por el desconocimiento del tema. En una de esas pausas, me llamó la atención brevemente una vajilla incompleta que tenía el logo de la familia Rincón Gallardo, con piezas algo desgastadas, al parecer por los efectos de un ataque a la hacienda durante los años de la Revolución mexicana. La charla fue rematada por el recuerdo sobre el adiós de Rafael Rodríguez, ocurrido el 26 de abril de 1971, con toros de La Punta, una camada de toros bravos que tenían edad, trapío, pitones y otras cosas más que don Alfonso reveló en el libro de su autoría, para hablar sobre el sentido profundo del toreo. En todo momento, la vida del Volcán y de la Fiesta estuvieron presentes. Todos, sin excepción, éramos parte del ritual prometido que fue desigual en experiencias y conocimiento, pero equitativo en emociones.

8 Jesús Gómez Medina, *La ciudad, la fiesta y sus plazas. Apuntes para la Historia del Toreo en Aguascalientes 1856-1992*. Aguascalientes, ICA, 1992, p. 156.

9 *Ibidem*, p. 155.

10 *Ibidem*, p. 156.

Antes de terminar la visita, hicimos un recorrido por la hacienda, caminamos por algunos patios más pequeños, por escaleras añejas de piedra y algunas habitaciones de descanso. En ese recorrido, vimos toros disecados en los muros, un reloj que mostraba las cinco de la tarde, llaves y candados de puertas antiguas, colgados como adorno en los muros, imágenes de un cartel del Volcán posando con traje de luces y una mesa pequeña en la que había un toro negro de lidia fabricado con metal. En la despedida, visitamos el interior de la iglesia de la hacienda. El Doctor entró por delante del grupo. Lo hizo en silencio. Recorrió el templo ornamentado con una apariencia simple, vio los confesionarios empotrados en los muros laterales del inmueble, que en el trabajo de madera tenía unas puertas gotizantes. En el recorrido espiritual, el Doctor miró con detalle a la Virgen de Guadalupe y, muy cerca de ella, a un cristo crucificado. Observó todo con extrema atención, posando casi siempre con las manos en las bolsas traseras del pantalón, con una mirada rezandera en cada nicho, recordando tal vez el ritual ortodoxo de alguna divinidad.

Nos despedimos de la familia anfitriona. En el camino de retorno a Aguascalientes estuvimos contentos. La charla taurina siguió como tema central porque la inercia de lo vivido en la hacienda y el ambiente rural daban ese ánimo. El Doctor respiraba satisfacción en cada gesto y dejaba en claro que, en su horizonte, la Fiesta del Toro era una pasión arrebatada, una emoción espontánea. Era su querencia. En la suma exacta de todas las cosas, él navegaba siempre entre varios amores: el de la educación y el de la universidad, trazados por una geografía razonada, el amor profundo y sereno por su familia, y el hondo afecto por el mundo del toro, un apego reiterado porque todo nació y brotó del corazón, como en la sentencia mexicana del libro que dedicó al Volcán de Aguascalientes.

